

GERMÁN MARÍN

Bolígrafo
O
Los sueños chinos



EDICIONES
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

Somos un mero hábito.

CESARE PAVESE

Estas glosas no aparecieron por azar, llegadas supuestamente a mis manos dentro de una botella arrojada al mar, como se ha apelado en más de una oportunidad en la literatura de ficción, sino gracias al recurso del autor, quizá cansado, de haberse liberado de esta libreta de notas al enviarla al desperdicio de la bodega de su departamento. Supe de este manuscrito abandonado en un rincón, tras alquilar el piso que él habitaba como dueño, quien me dijera en un momento de distracción, tal vez poco convencido de la mudanza, que se cambiaba de barrio a Vitacura. Nada me indicó de esa bodega, ubicada junto a otras en el sótano del edificio, y, al retirarse concluida la gestión del arriendo, me entregó las llaves correspondientes sin agregarme más, olvidado del contenido existente en ella. Debido a que las observaciones leídas en el dietario eran confidenciales, propias de un individuo a solas, opté por conservarlas a fin de hacerle entrega bien lo viera, pero esto no sucedió porque el banco se hizo cargo de la cobranza del mes. Nunca más supe de él, pues, de acuerdo a la documentación recibida, el inmueble a poco cambió de propietario. De ahí que, extraviada la pista

del escribiente a pesar del intento, renuncié a dar con la persona, lo cual permitió, acaso ilegalmente, quedarme con este conjunto de apuntes y, luego de reflexionar, atreverme hoy a darlo a la publicidad. Espero no cometer un desatino al exponer esa vida tal cual fue, reflejada en un diario durante cierto período de tiempo y que, según pienso como lector, ayuda a comprender el sino de un individuo cualquiera, vendedor de alimentación canina, sometido a los vaivenes externos, bajo el sentimiento de plasmar unas confesiones íntimas. Acerca de este testimonio prefiero guardar silencio, ya que, si bien me acompaña el entorno cotidiano que lo rodeaba, no es suficiente para entrar en el análisis de su vida, relativizada por la ausencia de él y de los pormenores que lo rodeaban en la inmediatez sentimental. De su propiedad conservo además hoy, transcurridos cinco años, una antigua fotografía hallada entre los despojos, yacentes entonces en la bodega, pero que no agrega nada en particular, perdido su rostro entre otros, quizá provenientes de un almuerzo de camaradería entre amigos del trabajo.

G. M.

I

1.

Dejemos dicho que estos apuntes sólo pretenden ser el bosquejo de una vida anodina, gris como una mancha de aceite, desde que regresado a Chile habito solitario en un departamento de Ñuñoa en Santiago, comprado de segunda mano. No se crea que, debido a esta circunstancia, mis días resultan más largos, pues acostumbro a transcurrir buena parte afuera, volcado a la tarea de vendedor. En la calle está el dinero. Soy comisionista de una empresa belga dedicada, entre otros productos veterinarios, a los alimentos caninos, por lo cual la jornada se desarrolla para mí, más bien que mal, pendiente de la conformidad que tengan esos artículos en el mercado. Al margen de dicha labor, no tengo otra tarea, limitado sólo a eso, aliviado desde luego del peso de la familia al permanecer ésta en el extranjero, como quiso cada miembro dedicado a lo suyo. Doy comienzo así a estas páginas, hoy miércoles, sin otra espera que se conforme una suerte de copia de una vida, a partir de este momento semejante a la de otro. Me secunda, claro está, el bolígrafo,

compañero principal en la actividad diaria, al anotar en el registro los pedidos de la clientela.

2.

Hoy llegué a Valparaíso a primera hora, después de un tedioso viaje en bus, a ofrecer la mercadería a distintos negocios de abarrotes, además de los tres supermercados existentes en la ciudad. Desocupado en la tarde, luego de un par de ventas exitosas, me dediqué a recorrer las calles del puerto, sin otro afán que sentirme un poco turista. No deja de tener cierto encanto dejarse ir, guiado por el azar, a través de esta ciudad que nunca he llegado a conocer bien.

3.

Al cruzar por la plaza Echaurren, llena de la ralea medio borracha del puerto, observé el antiguo edificio donde estaba el hotel Prat, ¿seguro el nombre?, en el cual murió abandonado mi abuelo paterno, descubierto al segundo día por la mucama. Al lado está el Cinzano, también vetusto, donde pasé a servirme algo fresco.

4.

De regreso a casa, temprano aún, aproveché de pasar al Rhenania, en la esquina de Irarrázaval con Infante, a devorar algo, hambriento como estaba. La clientela era la de siempre, eterna cada noche, dedicada a jugar al cacho bajo el mismo ruido, seco al golpear contra la mesa. Me dejó indiferente.

5.

Cerca de donde vivo, existe una estación de metro que empleo a diario, sobre todo después de la hora peak en la mañana, permitiéndome así viajar un poco más cómodo, dedicado incluso a hojear el pasquín que se distribuye afuera. Creo que para muchos es la única prensa que leen durante la jornada, ausente también como se observa la presencia del libro en los pasajeros, aunque ocasionalmente he sorprendido alguno en manos femeninas, en general dedicados a temas de autoayuda. Tras volver al exterior, al oír en la calle el ruido urbano, de cara al cielo abierto, no dejo de sentir cierto respiro claustrofóbico de vieja data, pues, siendo pequeño, estuve a punto de morir ahogado, producto de la anestesia durante una intervención quirúrgica.